

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO V.

MADRID, 30 DE ENERO DE 1910.

NÚM. 109.



LA VIDA EXTRAORDINARIA DE UN GALLO HABLADOR

I

GERINELDO ENCUENTRA EN UN BOSQUE EL GALLO QUE HABLA

La mañana es triste, fría, silenciosa. Por la noche ha caído una gran nevada y la nieve cubre la tierra y oculta los caminos. La planicie, sin casas, sin árboles, semeja un mar helado, que despidе una claridad blanca, deslumbradora.

Ayuntamiento de Madrid

Como pájaro que ha perdido el nidal se halla Gerineldo, la única criatura humana que se arriesga á caminar por la inmensa sábana de nieve, limitada por un cielo plomizo.

Gerineldo es un pobre diablo de vagabundo, que contará hasta unos quince años de edad. Viste unos pantalones que sólo le llegan á la rodilla y un chaquetón que casi le arrastra; ambas prendas son mosaico de remiendos, corcusidos tan groseramente como los de los fardos; la camisa, de color indefinible, es de estopa; el sombrero, de fieltro, agujereado y grasiento, tiene las alas mordisqueadas y agujereada la copa; los pies, faltos de medias, se pierden en unos borceguíes enormes y desfondados, sin tacones, que se sujetan con un pedazo de soguilla. Gerineldo lleva las manos metidas en los bolsillos del pantalón, y debajo del brazo, un violín tan roto y miserable como la indumentaria de su dueño.

El rapaz siente hambre y frío; camina á buen paso, lamentándose de su imprudencia en abandonar la ciudad en donde su amo—un ciego mendigo, viejo, valetudinario, gruñón y de un genio insoportable—acaba de rendir su tributo á la tierra, es decir, de morir, Dios sabe si de enfermedad del cuerpo ó del alma, de cansancio físico ó de aburrimiento, ó de ambas cosas á la vez.

Para Gerineldo terminó la azarosa y pintoresca vida del lazarillo; ya no se unirán nunca los ecos de su violín á los del clarinete, tocado por el implorador de caridades; su canturía dolorida pidiendo una limosna al final de las tocatas, no volverá á oirla jamás. Siéntese el mozo anonadado ante el mísero porvenir que le aguarda, solo en el mundo, sin un cuarto en el bolsillo, sin saber cosa mejor para ganarse el pan de cada día que rascar aquel maltrecho violín que trae bajo el brazo. Al menos, cuando servía de lazarillo, su amo sabía ingeniárselas para que la boca no se abriese bostezando de hambre. Pero ahora...

Andando, andando, hijos míos, Gerineldo llega á un bosque, y á su entrada encuentra, apiladas en el suelo, unas hermosas ramas de encina que deben haber sido recién cortadas según se hallan frescos los hachazos; hacina unos helechos, coloca sobre los mismos las ramas y, sacando del bolsillo del chaquetón una cerilla de madera, prende fuego á la pira. Arde la leña con alegre chisporroteo y el mozo tiende hacia la vivificadora llama sus manos; con el calor se reanima su cuerpo amortecido.

La felicidad del vagabundo sería completa si pudiese acallar las imperiosas voces de su estómago; se registra los bolsillos y no halla en ellos ni un cuscurreo ni una miga de pan que llevarse á la boca. Se sienta en el caído tronco de un árbol, cerca de la fogata, y melancólicamente suspira. La loca fantasía, como para aumentar su infortunio, le representa las fuentes de albondiguillas, chuletas, bacalao, gallinas en pepitoria y otros manjares que ha visto y olido en figones y tabernas en días venturosos... ¡Una chuleta...! ¡Un trozo de gallina...! La boca se le hace agua al rapaz. ¡Si la Divina Misericordia realizara un

milagro!—piensa Gerineldo.—¡ Si yo encontrase aunque no fuese más que un mendrugo de pan...!” Con la ansia de un hambriento mira á todas partes.

Se queda estupefacto al divisar en uno de los senderos del bosque, no el mendrugo de pan que pide, sino un gentil gallo que se acerca presuroso á la fogata; el ave se detiene á corta distancia de Gerineldo, y mirando á éste, hace oír, en son de saludo, su canto, parecido á un toque de clarín.

Ante el plumífero huésped, el rapaz siente honda emoción. La Providencia ha escuchado su ruego y le depara un gallo para que satisfaga su apetito; asado en la hoguera ha de ser un gran bocado digno de reyes y magnates.

Echaría las manos al sultán del gallinero si no reflexionara que con aquel animalito calmaría el hambre un día ó dos á lo sumo; en cambio, vendiéndole, con el importe de la venta asegurábase el sustento para más de una semana. El espíritu previsor suyo le colocaba en una difícil disyuntiva.

Y cualquiera adivina la solución que habría dado al problema, porque todos los pensamientos del mozo se trastocaron ante la sorpresa inaudita que el gallo le produjo hablándole en voz un poco gangosa, pero comprensible:

—Leo en tu cara el fin desastroso que piensas darme, amiguito.

El “amiguito” á poco si se cae redondo en la fogata al escuchar esto.

En su vivir errante había oído decir Gerineldo á varones muy sedudos que los animales hablaban como personas, pero esto debía de ser en los famosos tiempos de Maricastaña, porque lo que es en los actuales, salvo los loros y las cotorras, él, por más que lo había intentado muchas veces, no logró que ningún gato, perro ni gallina le dijese “buenos días”, que es lo menos que puede decirse. Aquel gallo era, sin duda, alguno de los animales parlanchines, que hablan cosas tan acordes en unos versos muy bonitos llamados fábulas.

Con gran respeto, y no sin recelo, examinó el vagabundo á su interlocutor, y subió de punto su asombro al advertir que aquel gallo, si bien á primera vista parecíase á cuantos había en los gallineros, diferenciábase de todos sus congéneres—aparte el prodigio de hablar como las personas—en su aire gentil, altivo y principesco; en la cresta, que no era roja, sino de finísimo oro; en sus ojillos, que refulgían como diamantes, y en los espolones, parecidos á cuchillitos de plata.

—¿ Te asombras de que charle como tú?—continuó el animalito.—También yo me maravillo de poseer facultad tan extraordinaria en un hijo de gallina. Hasta ahora, tú eres el único mortal á quien he hablado; muchas veces lo habría hecho; me contuve siempre por miedo á que si se enteraban los hombres explotaran mi habilidad llevándome á las ferias en clase de “fenómeno”. Y éste es un papel ridículo que repugna á mi altivez. Pero vamos ahora á lo que más importa. Tú tienes hambre...

UN PASEO POR LA HISTORIA DE ESPAÑA

V

Estamos delante de otro rey goda, Recaredo II, y como supongá que saldrás con la cantinela de siempre, no quiero preguntarte su historia. Bien que si tú me la preguntarás á mí, ¡vaya un compromiso!



RECAREDO II

—Bueno, pues vamos á dejarle tranquilo...

—Eso no, Juanito... No quiero que pasemos delante de ninguno de estos señores sin dedicarles algunas palabras: las que buena-mente podamos.

—A éste le falta la mano derecha y la empuñadura de la daga.

—Si se tratara de otro, podríamos decir que eso era un detalle simbólico; pero de este buen Recaredo no se sabe que fuera manco ni que no lo fuera. Hijo de Sisebuto, dicen que fué elegido rey por gratitud al padre que dejó un buen recuerdo. Sólo reinó unos meses, pues murió en seguida, porque era un muchacho algo enfermizo.

—Pues aquí parece un buen mozo.

—Sí; pero ni siquiera en las estatuas debemos fiarnos de las apariencias.

—Bueno. Vamos al de al lado. . D. García... Este letrero debe estar mal, papá; porque García es un apellido.

—Ahora, Juanito; pero no en aquellos tiempos. Ni que decir

tiene que tampoco sabrás una palabra de este rey...

—D. García... D. García... Francamente. ¡no me suena!

—Este D. García debe de ser el tercero de los hijos del gran D. Fernando I de Castilla, á quien dejó, al morir su padre, los reinos de Galicia y de Portugal, fraccionando otra vez el reino que caminaba derechamente á su unificación. Esto fué, por cierto, lo único malo que hizo aquel insigne monarca. ¡Bien se lo han censurado los historiadores!

—No sé si será eso... Pero cuando tú lo dices...

—Por lo menos es el D. García que recuerdo.

—Murió año 913.

—¿Qué dices?

—Leo el letrero.

—¿Y en el letrero pone...?

—Murió año 913.

—Entonces, nuestro gozo en un pozo, porque no es el D. García que nos figurábamos, el cual murió hacia el 1090, según creo.

—No es; indudablemente.

—D. García... 913... ¡Ah, sí...! El primogénito de Alfonso el *Magno*... El primer rey que fijó el trono y la corte de la monarquía fundamental de España en León... ¿No has oído decir siempre, al hablar de estas cosas, León y Castilla?

—León y Castilla...

—¡León y Castilla...! ¡El glorioso solar de nuestra patria!

—Sí; D. Jenaro repite esos dos nombres con entusiasmo.

—¡Es un buen patriota D. Jenaro...! Pero, ¿por qué le habrán dedicado una estatua á D. García? Reinó poco y lo hizo mal, y era una persona medianeja, si hemos de dar crédito á los cronistas viejos, en los cuales se consigna que, siendo príncipe, conspiró contra su padre.

—¡Contra su padre!

—Sí, Juanito, sí; lo cual quiere decir que faltó á sus deberes filiales y patrióticos...

—¡Ya lo creo!

—¡Sí que sería mala persona!

—Yo dije que era medianeja; pero tú eres más justo, Juanito; era mala persona, pues sólo así se explica su conspiración... Si el primer deber de un hijo es respetar á su padre, y D. García no lo cumplió, ¿cómo iba á ser buen rey?

—¡Es verdad!

—Y ahora, sigamos paseando.



D. GARCÍA



LA SENCILLEZ DE LO MARAVILLOSO

II

Dime, Urso, y... ¿será bonito el castillo de las Hadas?

—Papá cuenta que es maravilloso.

—A pesar de eso, no me atrevo á llegar.

—¡Si oyeses lo que dice papá!—agregó Urso tratando de convencer á la niña.

—¿Cosas lindas?

—Figúrate que allí, en el castillo de las Hadas Blancas, hay mucho campo; pero campos llenitos de espigas de oro, no como las que tenemos nosotros. Allí no llueve agua como en toda la Aralia, llueve polvo de oro. Allí, Pipá, no hay enfermos como aquí, que ya ves cuantos compañeros nuestros no pueden venir á jugar con nosotros porque están en cama y tiene que verlos el médico y todo...

—¿Y qué más, Urso, qué más?—preguntó la rubia y rosada Pipá.

—Verás—agregó Urso.—Dice papá que todos los niños que llegan al castillo de las Hadas Blancas se vuelven, por arte de encantamiento, muy aplicados y trabajadores, y no se cansan ni nada...

—¡Eso sí que no lo creo!—replicó la linda Pipá.—¡Es tan fastidioso trabajar! ¡Tan pesado coser, estudiar y hacer las cosas!

—¡Pues sí! ¡Pues sí!—dijo Urso.—Yo creo lo que dice papá.

—¡Pues yo no voy, chico, no voy!

—Ya te convenceré...

—¡No sé cómo!

—Pues contándote todas las maravillas que oigo á papá.

—Mira, Urso—agregó Pipá en tono de repentina decisión.—Yo

preguntaré á mamá que si es cierto lo que me dices, y si me contesta que sí, otro día iremos hasta el castillo. ¡Eso de que allí se vuelvan los niños trabajadores me inspira curiosidad!

—¡Anda, qué tonta!—contestó Urso.—Es que allí todo pasa de un modo maravilloso. Creo que les dan las hadas á los niños unas cajitas, y... ¡pum...! se vuelven de repente aplicados.

—Bueno, Urso, bueno. Vámonos ahora á casa, porque se hace tarde y nos van á regañar.

—Muy bien; vámonos, porque, además, si estalla una tempestad te asustarás, Pipá.

—¡Ya lo creo que me asustaré!

Pasaron varios días sin que Urso y Pipá se decidieran á efectuar la correría que habían proyectado. No cesaron en su afán de inquirir. Constantemente preguntaban á sus padres respectivos detalles y noticias de lo que ocurría en el célebre castillo, ó á lo menos, de lo que en el país corría como cierto. Ni uno solo de los habitantes de Aralia dudaba de la existencia del castillo de las Hadas ni de la verosimilitud de lo que en él ocurría. Todos los niños del país sentían enorme curiosidad por comprobar personalmente lo que los viejos contaban, pero un temor invencible á lo misterioso les impedía llegar hasta la mansión de las Hadas.

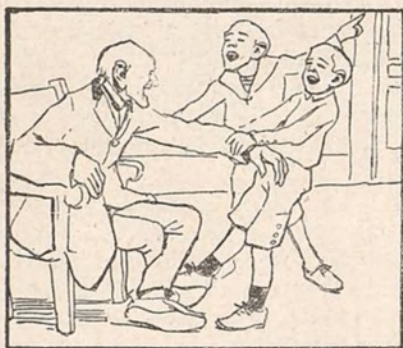
Urso era quizá el muchacho más arrojado del país y quizá también el afán de averiguar había hecho presa en su alma con mayor intensidad que en las de los otros niños; y llevado de su gran cariño hacia la tierna y tímida Pipá, deseaba que ésta participase de sus descubrimientos, y no perdía ocasión para tratar de convencerla á la excursión arriesgada y misteriosa.

Pasaron días y días sin que los niños se resolvieran á llevarla á efecto, pues los proyectos quedaban destruidos por la invencible timidez de la pequeñuela, con gran desesperación de Urso, el cual agotaba cuantos razonamientos creía convenientes. Ganitas le dieron, ante la negativa de Pipá, de ir solo hasta el castillo para que luego sintiese ella envidia, pero el tierno afecto que por la niña sentía se lo impidió, y resolvió tener paciencia hasta que ella se decidiese ó procurar obligarla, aunque fuese con algo de violencia. ¡Ya se lo perdonaría su amiguita cuando admirase los prodigios del castillo de las Hadas Blancas!

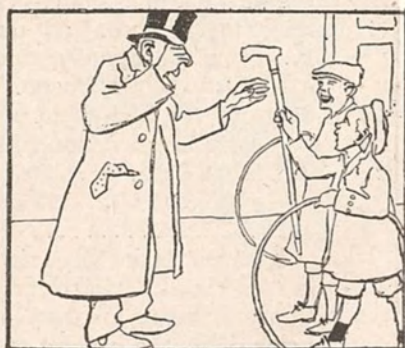
M.^a ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.



LA CHISTERA I



1. Los nietos de don Ramiro se le llevan al Retiro.



2. Con el natural contento le visten en un momento.



5. Y en un banco, y con premura, se dedica a la lectura.



6. Al poco rato, rendido, se queda el hombre dormido.



9. Vengando su costalada, le da una buena patada.



10. Después, uno y otro hermano, juegan al aeroplano.

DEL ABUELO



3. Y allá va el pobre, cansado, pero alegre y resignado.



4. Por no estar sin hacer nada, compra la Prensa ilustrada



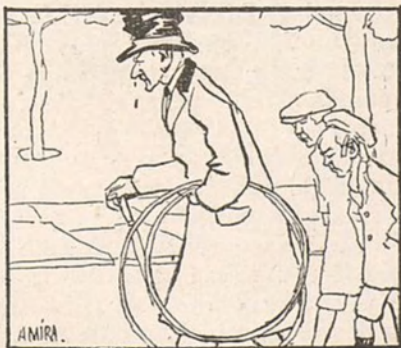
7. Y la bimba, con presteza, se le va de la cabeza.



8. El chico que se aproxima, resbala y se cae encima.



11. Con el susto consiguiente se termina el incidente.



12. La chistera del abuelo vuelve sin forma y sin pelo.



RELATOS DE CAZA

JUNTO AL BAIKAL

En cuanto amaneció salió Iván de su choza y se encaminó á las orillas del lago Baikal, donde el día anterior había visto las huellas claras é inconfundibles de unos almizcleros. El campo estaba cubierto de nieve, en la que se hundían sus pies y de la que emergían de trecho en trecho grupos de abetos y pinos gigantes que parecían fantasmas cubiertos con blancas vestiduras. El cielo seguía oculto por las nubes, y era curioso espectáculo verlas galopar dando grotescas volteretas como impelidas por un furioso viento, mientras que en la tierra todo permanecía tranquilo y quieto. Los pajarillos daban al aire sus apenados gorjeos y en lo alto del espacio veíanse las aves de rapiña que, agitando pausadamente sus alas, trazaban anchos círculos.

Cuando Iván llegó á ver el Baikal, cuyas aguas turbias y descoloridas apenas se movían, sintió una intensa alegría, porque sobre la nieve que durante la pasada noche cayó, mostrábanse nuevas y recientes las huellas de los almizcleros.

Hallábase, no muy distante de ellas, un escondrijo ó puesto de espera que la Naturaleza había formado con tres grandes rocas y un salvaje plantel de bravíos arbustos. Entre ellos se escondió Iván, y después de prevenir al alcance de su mano el fuerte arco y las agudas flechas, sacó un reclamo hecho de madera de abedul y comenzó á to-

carlo imitando muy bien el balar, un poco quejumbroso y brusco, de su futura víctima. Mientras los tristes sonidos se perdían en el campo silencioso, por el alma de Iván desfilaban sonrosadas nubes de ensueño. ¿Qué cazador, estando al acecho, no ha sentido brotar en lo íntimo de su ser esas delicadas florecillas de ilusión que son como otro encanto de las cacerías? El reclamo no dejaba de sonar teniendo como estribillo el apacible rumor de las ondas del Baikal; y os formaréis una idea de cuán perfectamente imitaba los balidos del almizclero; os bastará saber que cuando Iván soplaba con mayor entusiasmo, detúvose repentinamente como si vacilara, pero al punto reanudó su tarea. Era que su fino oído de cazador sentía el cauteloso andar de un animal en un bosquecillo de abetos que frente á él había.

Al fin vió moverse los arbustos y, dejando en el suelo el reclamo, requirió el arco y las flechas. Ya estaba con la rodilla derecha en tierra; ya tenía tensa la cuerda del arco, cuando he aquí que rápidamente se volvió de espaldas, se agazapó y, casi arrastrándose contra el suelo, empezó á caminar con silenciosa rapidez. Al mismo tiempo se entreabrieron los arbustos que orillaban el bosquecillo y mostróse, no el rojizo almizclero, de prolongada cabeza, cuello corto y patas delgadas, sino un oso disforme que, inquieto, investigaba el horizonte buscando al *animal* que tan bien balaba... El cazador, al verse lejos del terrible carnicero, exclamó:

—¡Husmea, husmea, maldito, y pierde en balde el tiempo como á mí me lo has hecho perder!

JOSE A. LUENGO.





LAS BARBAS DEL VECINO

(CONTINUACIÓN)

BLAS. ¿Yo? Vosotros me dijisteis que si quería enseñaros el colmenar de mi padre...

PERI. Pero era porque ignorábamos la distancia.

LUC. Tú debías decírnosla.

BLAS. Pues no aguardo más, el que pueda que venga...

ROSA. ¿Me dejais sola?

PERI. Luciano, tú te marchas con Blasillo.

LUC. ¿Y tú no?

PERI. Yo no me marchó, dejando á Rosita sola.

LUC. Chico, pues en ese caso tampoco voy yo.

BLAS. ¿Tampoco? ¿Y para esto me he estado esperando? ¡Bien! La culpa me tengo yo de hacer caso á señoritos enclenques.

LUC. ¡Hombre!

PERI. ¡Blasillo!

BLAS. ¡Pues claro, si no servís para nada! Siempre estudiando, estudian-do, y en cuanto hay que andar [tres leguas resultais unos pazuatos.

COT. (Dentro.)
¡Malhaya sean las cuestras!

BLAS. La tía *Cotilla*. Me largo antes que me vea.

COT. Espérate, galán, que ya te he guipado.
¡Hola, pimpollos! ¿Qué es [esto?
¿Vosotros por estos campos á las horas de la escuela?

ROSA. Es que...

PERI. No hay escuela.

LUC. Vamos con Blas á dar un paseo.

COT. ¿Tú de paseo, bigardo? (A *Blasillo*.)
Yo se lo diré á tu padre, que te creará en el trabajo. También diré á vuestros pa-dres donde os encontré, tan guapos y tan contentos. ¡Qué caras habéis puesto! ¿Qué apostáis á que os asusta que sepan vuestros padres este caso?

LUC. ¿Por qué nos tiene usted tirria?

COT. ¿Yo, tirria? ¿Queréis callaros? ¡Si yo os quiero mucho, muchacho,

porque á veces me dáis cuar-
[tos!]

LUC. (Ya pareció aquello.)
COT. Ahora,
por ejemplo, vais á dármelos,
para que yo no les cuente
nada á vuestros padres.

PERI. ¡Vamos,
lo de siempre! Tome usted,
dos realitos.

COT. ¡Viva el garbo!
¡Así se portan los hombres!
Blasillo, ¿qué tal estamos
de fondos?

BLAS. Pues sólo tengo
treinta céntimos.

COT. Agarro
veinte nada más. Te dejo
el resto para tabaco,
que ya sé que fumas. (*A Ro-
[sita.]* Niña,
tú también me darás algo.)

ROSA. No llevo dinero.
COT. Busca
bien á ver si encuentras algo.

ROSA. (*Sacando del bolsillo lo que
lleva.*)
Dinero, no; alfiletero,
dedal...

COT. A ver. ¡Es muy majo!
¿Es de plata?

ROSA. Sí, de plata.
COT. Pues entonces me lo guardo
como recuerdo.

LUC. (*¡Qué tía!*)
COT. ¿Y tú, galán? (*Á Luciano.*)
LUC. Estos cuartos
llevo...

COT. Muy bien que me vienen.
Que Dios os haga unos santos,
y no tengais miedo, chicos,
que no se abrirán mis labios
para contar nada á nadie
de unos zagaes tan guapos.
(*Vase riendo.*)

BLAS. ¡Mira que tenemos mala som-
bra! Siempre que hacemos
algo que no queremos que se
sepa, nos hemos de encontrar
á esa bruja de la tía *Cotilla*
que nos saca los cuartos.

ROSA. Y si se contenta con eso, me-
nos mal; porque lo peor será
que después de darla nuestro
dinero vaya á contarlo todo.

PERI. Eso no, porque se le acaba-
ría el filón que tiene con nos-
otros en cuanto supiéramos

que no nos servía de nada
darla dinero.
LUC. ¡Qué sé yo! Puede que tenga
razón Rosita.
BLAS. Esta vieja es mala y la creo
muy capaz de ir á sacar di-
nero también á nuestros pa-
dres contándoles lo que ha-
cemos.

ESCENA IV

DICHOS Y EL TÍO COLAS.

COL. ¡Ay, ay! No puedo más. Ven-
go sin fuerza. (*Se dirige al
banco de piedra, donde se
sienta, dejando una cesta.*)

PERI. ¿Qué es eso, tío Colás? ¿Qué
le pasa?

COL. ¡Dejadme que tome aliento,
porque... ni... hablar puedo!

ROSA. ¡Válgame Dios! ¿Viene usted
de muy lejos?

COL. ¡De Valderrobleda nada me-
nos!

LUC. ¿Y por qué se da usted esas
caminatas?

COL. ¡Toma! ¿Os figuráis que me
las doy por gusto? ¡Hay que
comer! ¡Hay que vivir! Y
hay que reventarse, y muchas
veces como hoy, en vano.

ROSA. ¿Ha vendido usted poco?

COL. ¡No he vendido nada! Fui
allá porque era día de merca-
do y creía que me comprarían
cañamones y avellanas, que es
todo mi comercio...

LUC. ¿Y no le han comprado?

COL. ¡Qué han de comprar! ¡Si
había allí tres ó cuatro pues-
tos de lo mismo!

ROSA. ¡Pobre Colás!

LUC. Debía usted de dedicarse á
otra cosa, tío Colás, porque
está usted ya muy viejecito
para esos trotes. Siempre an-
dando de aquí para allá, con
frio, con nieve. Eso no es
para usted.

COL. Pues aquí donde me veis yo
he sido fuerte, y hasta hace
cinco años, que la pícara en-
fermedad me dejó aniquilado,
no necesitaba yo de nadie.
¡Las veces que lo he dicho
yo en esta vida! "Mientras

Continuará.



FABULILLAS EN PROSA

EL BURRO PEREZOSO

El tío Juan iba detrás de su burro por un camino polvoriento que zizagueaba como una serpiente entre un campo de exhaustos rastrosjos llenos de amarillas briznas. Mirando las angarillas colmadas de lechugas y sandías, tomates y pepinos, echaba sus cuentas con arreglo al dinero que los antedichos frutos habrían de valerle en el mercado, cuando el burro se paró repentinamente y se dejó caer en el suelo, no fuerte, sino suavemente, como si estuviera en la cuadra. El tío Juan, cogiéndolo del ronزال, dióle tres ó cuatro tirones acompañados de sendas voces; pero el burro limitóse á estirar el pescuezo y á clavar en él sus tristonas pupilas.

—¿Conque éstas tenemos?—rugió el hortelano.—¿Conque para esto te has comido esta noche tres piensos abundantes de buena paja mezclada con exquisita cebada...?

E indignado tiró otra vez del ronزال y le castigó los oídos con unas cuantas maldiciones y la piel con unos magníficos y pausados estacazos; pero el animal no se movió, recibéndolo todo con estoica calma.

—¿Conque es decir—añadió el labriego—que por tu pereza voy á perder la hora del mercado y la seguridad de vender esto...?

Así diciendo, enarboló el palo y comenzó otra vez á darle sobre las ancas con tanta ligereza que parecía golpear la piel de un tamboril. Estando en esta ocupación, hallólo un cazador á quien explicó lo que le sucedía.

—¿Pero usted sabe que es por pereza por lo que el burro no se mueve?

—Y ¡cómo no saberlo si ya me hizo esta trastada varias veces!

—Pues entonces ya debía usted conocer el remedio que no es sino vender este burro y comprar otro más trabajador. La compañía de los inactivos y perezosos nunca trae provecho y muchas veces es causa de que se malogren nuestros esfuerzos...

ESOPILLO.

Ayuntamiento de Madrid

LOPE DE VEGA

La vida de este inmortal y único varón, Fénix de los ingenios españoles y superior á Cervantes, Shakespeare, Homero y Goethe en la cantidad de vida que puso en sus obras y en la multiplicidad y variedad asombrosa de los empeños que acometió y á que dió cima felizmente y, sobre todò, en el *interés*, causa de todos los éxitos artísticos



y literarios, es tan agitada y fecunda en trances como lo fué su arte. En Madrid nació el día 25 de Noviembre de 1562, y en Madrid, el lunes 27 de Agosto de 1635, dejó esta vida para recibir la corona de laurel que constantemente le tejerán los hombres mientras pisen la tierra. Desde chico se hizo notar; á los cinco años leía castellano y latín; á los diez, estudiaba en Alcalá letras, ciencias y lo que por entonces completaba la educación de un joven bien nacido, como él, y aplicado. A los doce años compone su primera comedia, *El verda-*

dero amante, y aún siendo joven decide correr mundos en compañía de su amigo Hernando Muñoz, cuya excursión terminó con la detención de ambos en Segovia.

A lo estudioso é inquieto, unía Lope una gran resolución, que en el curso de sus días, como no siempre la aplicó bien, le motivó serios contratiempos y muy graves disgustos. Sin sentar la cabeza, casó con la hermosa y discreta dama doña Isabel de Ampuero, hija de un rey de

armas. Ni las obligaciones propias de su estado, ni la fama que ya tenía, pusieron freno á su carácter. En 1585 riñe y hiere á un hidalgo, y por esta causa es detenido; en 1596, á consecuencia de otro desmán, vuelve á ser procesado, como poco antes lo había sido por injurias á unos cómicos. Viudo en 1592, casa de nuevo con doña Juana de Guardo en 1604, naciendo de este matrimonio Carlos Félix, muerto á los siete años, y á quien dedicó Lope su más hermosa *elegía*. Sirvió al duque de Alba y al duque de Sessa, á quien durante su destierro escribió cartas notabilísimas que se conservan. Sin dejar las costumbres libres que tenía, Lope, en 1614, decidió abrazar el estado eclesiástico, resolución hija de uno de sus arrebatos místicos tan propios del carácter del poeta; dijo misa en el Carmen, sin dejar por esto de escribir al duque su amigo las cartas amorosas que éste dirigía á varias damas. Ridiculizó el *Quijote* antes de publicado; Góngora y otros enemigos satirizaron sus amores, y Pedro de Torres, en su obra *Spongia*, le dirigió un furibundo ataque.

En las fiestas de la beatificación de San Isidro, de las que él fué el alma, trazó su famosa *Justa poética*; coincidiendo con la toma de hábito de su hija Marcela, en el convento de las Trinitarias, donde reposan hoy los restos de Cervantes, publicó el poema *La Filomena*; y á poco de ser agraciado por el Papa Urbano VIII con el título de Doctor en Teología y la cruz de San Juan de Jerusalén, *El laurel de Apolo*, cuyo tomo comprende la primera *zarzuela* representada, la *Salva mi amor*. Su labor literaria excede á cuantas producciones han hecho los más fecundos ingenios, no sólo en calidad, sino en cantidad, pues, en 1631, declaraba que había compuesto *mil y quinientas comedias*, las que con las que después escribió, hacen unas *mil ochocientas*. Fué poeta épico religioso en el poema *San Isidro*; heroico, á la manera italiana, en *La hermosura de Angélica*, en la *Jerusalén conquistada* y en otras; épico-didáctico, en el precioso discurso *Arte nuevo de hacer comedias* y en *El laurel de Apolo*; descriptivo, en *Las fiestas de Denia el rey católico Felipe III*. Como novelista se iguala á los mejores en las *Novelas dirigidas á la señora María Leonarda* y en *La Arcadia*.

Sus mejores comedias, según la opinión general de la crítica, son: *La encomienda bien guardada*, *La Arcadia*, *El gran duque de Moscovia*, *Fuente Ovejuna*, uno de los mejores dramas de Lope, en que el protagonista es todo un pueblo que hace justicia á su arrebatado y tirano forzador; y *El mejor alcalde el Rey*, *El premio del bien hablar*, *La musa boba*, *El domine Lucas* y tantas otras; han dado al autor de *La Dorotea* todo el renombre que merecía quien es, según un gran literato, "respecto de los otros autores dramáticos de todos tiempos como el Océano respecto de los lagos y de los ríos, y con relación á Shakespeare, como el Océano respecto del Mediterráneo".

El pueblo que le vió nacer demostró su duelo haciendo que su entierro fuera el más solemne y grandioso que en Madrid se recuerda.

ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA.